

Y muy sosegadamente, emprendieron el camino hacia la fragua.

No bien dieron unos pasos, volvióse él á su mujer y la abrazó.

—Tienes un corazón muy grande—dijo;— jamás me has abandonado en el peligro. Es una hermosa acción. ¡Qué distinta de la otra!

Ella, poniéndole la mano en la boca, le dijo:

—Calla, y no pienses más en eso.

—¡No lo puedo remediar.

El lejano rúido de los disparos, congregó á los habitantes en la plaza de la iglesia.

La mujer del zapatero dijo:

—Son los Simón, que se divierten.

Cuando entraron en la fragua, preguntó la Simona:

—¿Y si vienen más?

—Volveremos á empezar hasta acabar con ellos.

—¿Y si quieren prendernos?

—Ya sabes que eso no puede ser. ¡El bosque es muy grande; y además, esa es la guerra! Duérmete.

La luna, en cuarto creciente, se ocultó detrás de los montes del Morvan.

Los Simón no necesitaban ya de su resplandor.

XVI

El castillo de los Souvray estaba rodeado de fuentes.

Así se edificaban en otro tiempo las viviendas de los nobles y de los ricachos.

La casa respiraba por sus cuatro costados, bienestar, orden y nobleza.

El guardián, un criado de cabellos grises, que la habitaba sólo con su mujer, hacía cinco meses, pues los demás servidores ocupaban el otro extremo, se vió grandemente sorprendido, á la caída de la tarde, cuando oyó que alguien entraba por el puente.

—*Jacqueline*—dijo á su mujer,—entérate de quién viene. El perro no ladra. Debe ser gente de casa.

La mujer dió un grito en cuanto abrió la puerta.

Eran sus señores.

Iba á llamar á sus compañeros para que todos participaran de su alegría; pero Hugo se lo impidió.

Ya habría tiempo más tarde de advertirles. Por el momento, tenía que hablar con ellos.

La mujer encendió las velas; el guarda avivó el fuego de la inmensa chimenea, en tanto que el conde y su hermano subían á sus respectivas habitaciones á mudarse de ropa.

Cuando los dos hermanos bajaron, vestidos con trajes de terciopelo, negro uno de ellos, y marrón el otro, con polainas como para una expedición, llevaban además buensascarabinas, que colocaron á su alcance, preparadas para cualquier sorpresa.

El guarda observó alarmado todos estos preparativos.

Como los demás habitantes de Chevagnes, no podía creer que su Morvan llegara á ser invadido por los prusianos; y en su retiro, no oía hablar sino raras veces, y eso no muy detalladamente, de los sucesos.

—Haz lo que nosotros, Aubin—ordenó el conde,—y prepárate á la defensa. No es posible que los cazadores se resignen á que les maten como si fueran conejos, sin contestar.

El guarda era un hombre de unos cincuenta años, delgado, moreno y de aspecto resuelto y enérgico.

—¿Pero creéis que vendrán?—preguntó, poniéndose muy pálido.

—No están lejos. Los he visto esta mañana.

—¿Dónde?

—En el bosque de Champignolles.

Aubin no dijo una palabra. Descolgó una carabina de grueso calibre que estaba colgada junto á la chimenea, le puso dos cartuchos de los que gastaba para matar lobos, y volvió á sentarse junto al fuego.

Roberto y su hermano sentáronse á la mesa.

Y como la viera tan bien provista, exclamó el mayor:

—¡Es lástima que nuestros pobres camaradas que han quedado allí, no tengan algo siquiera de lo que á nosotros nos sobra!

Experimentaban verdadero bienestar al volverse á ver en la antigua casa paterna.

La oriada, pendiente de cuanto pudieran desear, se hallaba junto á ellos, y sin decir una palabra ni causar ruido, les atendía con profundo y respetuoso afecto.

—¿Has cuidado de la capilla, Aubin?—preguntó el hermano mayor.

—Sí, señor conde.

—¿Las plantas habrán crecido mucho?

—Es un jardín el que hay alrededor de las paredes.

—¿Ha ocurrido algo nuevo?

—Sí. Han matado al hijo de Huberto, el de la alquería del Plantís.

—¡Pobre muchacho! ¿Dónde?

—Del lado de Orleans. Sus padres no tienen consuelo.

—Y á Chadonin, el cantero de Oullans, ¿le has visto?

—Ha venido dos ó tres veces á preguntar si habíais escrito. Pero desde que hay por aquí algunos temores, no sale para nada de casa de sus primos los del Priorato.

—Mañana, antes que sea de día, irás á Chevagnes y le traerás, así como á Juan y á Román. Deben venir de todos modos á primera hora; pero cuanto antes lleguen, mejor.

El conde miró á su hermano y añadió, bajando la voz:

—La cosa urge. Pasado mañana es el matrimonio. ¡No hay tiempo que perder!

Y volviéndose al guarda añadió:

—¿Y qué dice el viejo Chadonin de los prusianos?

—No habla nada. Nadie le saca ni dos palabras del cuerpo; pero se sabe, no obstante, lo que piensa. Les odia como á la peste. Es de familia. Su padre estuvo en Jena y en Leipzig.

Acabaron de comer.

Hugo encendió un cigarro, abrió la ventana y contempló aquel paisaje tan querido, que creyó no volver á ver.

Roberto, junto á la chimenea, estaba completamente abstraído, pensando en Élena.

Hugo, que estaba enterado de todo y participaba de la indignación de su hermano, no podía, en aquellos momentos, pensar en otra cosa que en las desgracias de su patria; y no sentía sino para odiar á los invasores, que hacían la guerra como usureros, como aves de rapiña y no como enemigos generosos y nobles.

Al igual que los Simón y Fargeas, pero con mayor elevación de miras, no podía pensar más que en los caballos de los hulanos y en que estos llegaran á entrar impunemente en su querido Morvan.

Y hubiera quemado su casa ¡la casa de sus padres! antes de permitir que la pisaran.

Cuando concluyó de fumar, parecióle oír á lo léjos el ruido de un carruaje que se iba acercando.

Poco despues, el perro comenzó á ladrar.

—¡Silencio!—dijo Hugo.

Ya no era un carruaje, sino tres hombres, quienes se acercaban.

A una señal del amo, el guarda salió y adelantóse á los nocturnos visitantes, sujetando al dogo por el collar.

Hugo dijo en seguida:

—¡Los Tremor y maese Chadonin, tan tarde! ¿Qué sucederá?

—Sucede que los prusianos han estado en Chevagnes, y que á estas horas se baten allá, por la Encina hueca.

—¿Quénes?

Juan Tremor se encogió de hombros.

—No puede ser mas que Simón—dijo.—

¡Un rabioso que se ha propuesto que caigan algunos! Si no ha olvidado su oficio, su escopeta es temible.

—Volverán.

—Es preciso entenderse, y pronto.

—Además—añadió Román,—el primo tiene que hacer una proposición.

Los Souvray brindaron asiento cerca de la chimenea á los visitantes. El guarda quiso retirarse.

—Estais bien ahí, Aubin—dijo Juan.—Quedaos.

Los recién llegados explicaron la visita de los dragones.

El conde leyó la orden del general Von Goben.

—Es amigo del marqués—dijo.—El general posee inmensas tierras en Pomerania. El señor de Taunay ha ido allí muy á menudo de cacería.

—¡Quientos prusianos en el castillo!—dijo Hugo.

El cantero sonrió.

Esta sonrisa llamó la atención de los Souvray.

—Si quisierais,—dijo Chadonin;—no saldrían.

Los dos hermanos y Román se miraron.

Evidentemente, la idea del cantero, era también la de ellos. Debían hablar ántes de un proyecto que el primo Chadonin acariciaba; y así, tratando acerca de esto, les ahorra- ba el trabajo de buscar su aprobación y su ayuda.

—¿Conoceis algun medio?—preguntó el conde.

—Infalible.

—¿Cuál?

—Saltar el dique.

—Eso fuera admirable—dijo Hugo.

—El castillo arrastrado por las aguas.

¡Ahogados todos!

—¡Quinientos hombres!

—Mil, un ejército entero y verdadero.

—¿Pero es eso posible?

—Ya lo creo.

—Explicad vuestro pensamiento.

—Es sencillísimo.

Los Tremor, los Souvray y el guarda se volvieron al cantero, cuyos ojos brillaban maliciosamente; y no perdían de vista ni el más mínimo movimiento del orador.

En tanto, la sirvienta había subido á las habitaciones de sus amos, y se ocupaba en prepararla y ordenarla todo para cuando subieran á descansar.

En el resto del castillo, todo el mundo dormía.

—¿Sabeis—repuso el cantero haciendo un esfuerzo para hablar (pues era tan lacónico de ordinario, que en el pueblo decían que sus palabras costaban cada una un luis) por qué

cuentan que el castillo de Chevagnes perece- rá en un diluvio?

Los cinco oyentes menearon la cabeza en sentido negativo, de derecha á izquierda, simultáneamente; pero era por el gusto de oír hablar á maese Chadonin, Chadonin el mu- do, puesto que no había un solo individuo en todo Morvan que no conociera la leyenda.

Román Tremor hizo un gesto de inteli- gencia á los dos hermanos, como diciéndoles:

—Podemos contar con él.

—Porque si el malecón del estanque salta- ra, todo lo que está en pie en el valle hasta Chaumontel, sería arrastrado.

—¿Incluso el castillo?—preguntó el guarda.

—El castillo ante todo.

—Imposible.

—Será preciso verlo.

—El malecón es sólido y el castillo tam- bién.

—Yo me encargo—dijo sencillamente el cantero.

—La idea es buena, primo—objetó Ro- mán—pero el dique es fuerte.

Maese Chadonin alzó los hombros y no se dignó discutir la opinión de Román.

Este no era del oficio.

El cantero se limitó á sonreír con la indul- gente tranquilidad del que sabe más que los otros, y cuyos abuelos, con simple pólvora de cañón, habían destruido media montaña de Oullans.

Y él sabía de algo mejor que la pólvora.

Los progresos de la ciencia no son palabras vanas; y no en balde los sabios han inventado la dinamita y otras materias explosivas, con las cuales se puede destruir una ciudad en pocas horas.

Los Souvray no decían nada.

Escuchaban.

El mayor juzgó que había llegado el momento oportuno para intervenir.

—¿Decís, pues, maese Chadonin, que puede quedar sumergido el castillo de Chevagnes?

—Ciertamente.

—¿Las aguas, sin dique que las contenga, barrerían el valle y arrastrarían ese antiguo caserón?

—Como si fuera una pluma.

—Después de todo, no hay más que tres ó cuatro casuchas además. Se podría advertir á sus habitantes.

—No hay necesidad.

—¿Por qué?

—Más alto...

El cantero quería decir que las casuchas no estaban edificadas como Chevagnes, en el fondo del valle, sino á los lados, cual si fuesen sus murallas.

El conde pareció satisfecho.

—Lo celebros — dijo. — Pero se hubieran podido reedificar.

—Muy fácilmente — dijo el guarda entusiasmado ante la perspectiva de combatir al enemigo.

—Es preciso, pues, prepararse á recibirlos — dijo Juan Tremor.

Los Souvray y Román pensaban en los alemanes ¡quién lo duda! pero también pensaban en otra cosa.

El marqués debía llegar al día siguiente.

Si la inundación aprovechaba al general Von Gøben y á su escolta, conseguían su propósito; pero ellos se hubieran felicitado también de que el marqués participara de la catástrofe.

Decididamente, la Providencia intervenía en sus asuntos.

—Primo, vuestro plan es admirable.

El cantero, economizando palabras, se concretó á manifestar, por medio de un gruñido de satisfacción, que no deseaba otra que llevar á efecto cuanto antes, aquel proyecto.

—¿Teneis ya todo lo necesario?

—Todo.

—¿Dónde?

—Aquí precisamente, nó.

—¿En vuestra casa de Oullans?

—Sí.

—¿Hay con qué hacer volar el pueblo? — dijo Juan.

—Es mi profesión.

—Se os puede llevar á vuestra casa.

—¿Cuándo?

—En seguida.

—¿Y volver?

—De una tirada.

—¿Y si encontramos á los dragones?

—Ahora duermen — dijo el cantero, sonriendo plácidamente.

De Souvray á Oullans no hay más que cuatro leguas.

Oullans está situado en la montaña, al lado de Fretoy. Es una vasta cantera, cuya piedra tiene la dureza y casi la belleza del mármol.

La montaña en que está sepultada pertenece toda entera al primo de los Tremor, que á eso debe su riqueza.

De ordinario, las gentes de aquellos alrededores creían asistir á un simulacro. De la mañana á la noche, las detonaciones de la cantera repercuten de eco en eco.

Es el cantero, que está minando sus dominios.

Tiene para un siglo.

Pero desde que comenzó la guerra cesaron esas pacíficas batallas.

Los negocios estaban paralizados. Se quemaba y se demolía, pero no se edificaba.

A media noche, un gran furgon de cuatro ruedas, guiado por dos excelentes caballos, entró en el zaguan del cantero.

En este carruaje iban seis hombres provistos de buenos armas, y dispuestos á dispararlos contra el enemigo, que por cierto no se presentó.

Aquellos seis hombres eran los dos Tremor, los dos Souvray, el guarda y maese Chadonin.

Permanecieron muy poco tiempo en Oullans.

Cuando el vehículo volvió á ponerse en marcha, iban diez hombres, en vez de seis.

El propietario de Oullans llevó consigo á

cuatro de sus obreros, que habitaban todo el año en las dependencias de la casa.

Era gente muy fiel, canteros que de tiempo inmemorial se hallaban al servicio de los Chadonin.

Iban provistos de aparatos de sondas, picos, azadones, palas y otros instrumentos.

La noche estaba muy oscura. Los canteros no habían olvidado nada, ni aun las linternas.

El carruaje tomó distinta dirección.

Esta vez no seguía el camino de Souvray, sino el de Chevagnes. El trayecto es mas largo y mas rudo; las cuestas y las bajadas son más difíciles; el terreno mucho mas accidentado.

Durante un rato, el coche fué por una alameda arenosa, entre cuatro hileras de árboles seculares.

Al pasar por uno de los extremos del dominio de Rochevieille, Roberto se quitó el sombrero.

Por allí había paseado él muy amenudo, á caballo, en compañía de Elena.

Y en aquel pedazo de tierra descansaba ella, en el panteón de familia, á corta distancia de la alameda, en aquellas mismas tierras donde nació para llevar la más triste existencia, y morir tan trágicamente.

Y complaciase en preparar el suplicio del miserable que la había asesinado.

Los acontecimientos que se sucedían, las desgracias de Francia, unida á aquella amargura, le hacían implacable.

Habíase jurado no ceder á debilidad ninguna del corazón.

Y estaba decidido á cumplir con toda frialdad, con la firmeza del más justiciero de los hombres, la misión que se había impuesto.

El cantero y sus ayudantes no pensaban más que en los invasores.

Los caballos se detuvieron de pronto. Hugo, que los guiaba, trataba de avivarlos, á fuerza de voces, para que siguieran caminando; pero nada conseguía.

A la derecha del carruaje se alzaba el árbol conocido por la encina hueca.

Roberto y los Tremor saltaron del coche.

Un imponente espectáculo se ofreció á su vista.

Seis ó siete cadáveres yacían, unos en medio del camino, y otros en el foso.

Los abrigos de los ginetes formaban inmensas manchas negras; los cascos y los fusiles habían rodado á un lado y otro.

Ningún caballo muerto. No había más que hombres. Los tiradores no erraron ningún golpe.

Había muchos charcos de sangre.

Roberto y los Tremor pusieron en hilera los cadáveres, hacia el declive, y tomando los caballos por la brida, los obligaron á salvar tan lúgubre obstáculo.

—Este era el tiroteo que oíamos—dijo Juan Tremor.

—Es preciso estar prevenidos, pues es de suponer que encontraremos á los otros—observó un cantero.—Huele á pólvora.

—Ya nos defenderemos.

—Ha sido ese diablo de Simón, que vuelve á ser *cazador furtivo*—dijo Hugo.—No hay muchos como él.

El vehículo continuó su camino. Dió la vuelta á Chevagnes, tornó á tomar el camino de Courbigny, recorrió cerca de cinco kilómetros, y á las dos de la madrugada se detuvo en lo alto de una gigantesca muralla que corta el valle y sirve de dique al estanque de Chevagnes.

XVII

Allí era precisamente por donde habían pasado tres años antes Lucas Fargeas y Catalina, en el cochecillo de los Tremor, la nefasta noche en que Solange rehusó las pretensiones de Román.

De día, y desde las puertas de la esclusa de tan imponente mole, verdadera obra de titanes, se goza de un panorama encantador, pues la vista abarca todo Morvan, el gran Montarnu, el monte Genievre y el Pruneley.

Detrás, y contenida por la colosal muralla, se contempla aquella cantidad incalculable de agua, que es un verdadero portento, y cuyo límite apenas se distingue.

Para formar aquel estanque bastó cerrar el valle por medio de un dique, reforzado por una especie de baluarte de granito, cuyas puertas están embutidas entre dos pilastras, altas como torres de catedral.

Este trabajo fué ejecutado á mediados del siglo xvii, en tiempos de un Taunay que reunió los dominios de tan poderosa familia.

El castillo existía ya, pero él apenas lo habitaba; y el ingeniero que construyó el dique garantizó su solidez, por lo cual ni se soñó en reedificar en otro sitio el castillo.

No contaron con los progresos de la ciencia para destruir, y sobre todo con la venganza que le estaba deparada á un Taunay.

Pero ¿cómo se conseguiría echar abajo tan grandiosa muralla?

Parecía un cataclismo irrealizable.

Roberto de Souvray permanecía en observación desde la altura.

Él era quien mandaba en aquella tropa, sin necesidad de explicarles nada.

Ejercía gran ascendiente sobre ellos.

Su sangre fría en las circunstancias más difíciles; tanta bravura y rectitud tanta, imponían el respeto y la confianza.

Apoyado en el pilar de granito, atento á los ruidos del campo, parecía interrogar las tinieblas.

Y no oía sino el murmullo del agua, y adivinaba, sin verlo, entre las lejanas sombras, el sitio donde se levantaba la cuna de su familia, que él se encargaba de destruir.

—¡Cuna profanada por un doble crimen!...

Debajo de él, á sesenta piés de profundidad, y junto al dique, se distinguían, se agitaban unas luces, invisibles para otros, puesto que era en una zanja, donde esparcían su resplandor, como si fueran fuegos fátuos.

Y al mismo tiempo llegaba también á sus oídos el ruido de la piqueta al dar contra la piedra.

El maestro cantero sondaba el gigantesco murallón, buscando los puntos vulnerables para atacar de firme al coloso.

Hugo de Souvray y los Tremor seguían aquel exámen con curiosidad.

Los obreros sacaban algunos bloques de piedra y abrían las necesarias cavidades, que tapaban luego, no sin haber depositado en todas ellas la correspondiente cantidad de dinamita. Y, en fin, hicieron cuanto era necesario para que la obra de destrucción fuera completa.

Trabajaron con vertiginosa actividad durante toda la noche. Y cuando fué de día ya quedaba terminada la tarea.

Treinta mechas de diversos tamaños pendían por fuera de las heridas del coloso, atadas todas ellas con una sola mecha destinada á comunicarles el fuego. Esto quedaría invisible para cuantos pasaran, puesto que estaban convenientemente escondidas entre las malezas ó bajo las aristas de la cornisa.

El propietario de Oullans estaba muy ufano.

Era aquel un trabajo perfectamente ejecutado.

El coronel de ingenieros más exigente no hubiera podido hacer la menor observación.

Había en las entrañas del baluarte todo lo necesario para hacer volar el Montarnu. La

explosión iba á ser un trueno grandioso que se oiría desde muy lejos.

No sabira quién había disparado. Los diez hombres eran leales; nada se averiguaría por ellos. La obra se hizo durante la noche, y nadie lo advirtió. Juráronse guardar secreto sin apelar á pomposas frases, con una sencillez impropia de estos tiempos.

El cantero se encargó de encender la mecha á la hora misma que fijaran los Souvray.

Román Tremor estaba pálido de emoción.

Una vez tendido el lazo, ¿caería en él la liebre?

A las seis, una rojiza faja de nubes apareció en el horizonte, hacia Levante, al ras de las montañas, cuyas crestas se destacaban perfectamente.

Cuando el antiguo novio de Solange subió á donde se hallaba el conde de Souvray, éste le dijo con la convicción de un iluminado:

—Es la justicia de Dios, que en todo interviene.

Tocaban á la primera misa en la iglesia de Chevagnes, cuando los Tremor se deslizaron como sombras por aquellos parajes para entrar en el Priorato, en unión del primo Chaudouin y de los cuatros canteros.

Intentaron llevar á su padre á un sitio seguro y retirarse á alguna casa distante y solitaria, al abrigo de las pesquisas de los prusianos, que no dejarían de reaparecer para vengar á sus muertos y, como ya habían anunciado, hacer un escarmiento.

El anciano se opuso.

—Quiero morir en mi puesto—dijo.

El día pasó sin sustos.

En casa de los Tremor y en el castillo de Souvray, emplearon ese intervalo en preparar las municiones.

No reapareció ningun enemigo.

Pero es el caso que tampoco los Simón se dejaron ver.

Y se temió que estuvieran heridos.

Roman se apresuró á visitarles. La puerta estaba cerrada.

Creyérase que, espantados aun de su propia hazaña, y temiendo por su pellejo, si el enemigo volvía con refuerzos estaban escondidos en algun ignorado rincón de aquel bosque que conocían tan bien.

Suposición verosímil, pero falsa.

Simón y la *Bigornia* habianse aficionado á aquella cacería de distinto género, que no les parecía más peligrosa que otra cualquiera; así es que desde media noche el herrador estaba en el campo, seguido de su intrépida mitad.

La pobre mujer esperaba que aquellas terribles emociones levantarían el abatido espíritu de Simón.

La primera liebre que mató le convirtió en el más temible de los cazadores furtivos.

El primer dragón que cayó, hizo de él el más valiente de los soldados.

Al nacer el día, cuando precisamente los Souvray y los Tremor daban por terminada su tarea en el estanque de Chevagnes, él comenzaba la suya.

Oculto con su mujer en un rincón de un campo, distante seis leguas de Chevagnes, camino de Autun, vió llegar en dirección á ellos una avanzada de cinco hulanos.

Las banderolas blancas y negras de las lanzas flotaban á impulsos de la brisa.

Los caballos iban al paso; los hombres hablando alegremente.

De rodillas, detrás de un árbol, les esperaba Simón.

Se expresaban en francés, y elogiaban el vino del país.

Simón estaba lo mismo que si hubiera visto unas cuantas liebres: tan tranquilo.

Cuando se hallaron á treinta pasos, disparó dos tiros sin inmutarse.

El primer hulano se echó hacia atrás, soltó los estribos y cayó en tierra. El otro, arrastrado por el caballo, que se espantó, se agarraba á la crin del animal, que al fin se perdió por la calzada, y el jinete, al caer, no pudo quitar el pie del estribo, é iba dejando un reguero de sangre.

La *Bigornia* descargó su arma sobre los otros tres, cuando estuvieron frente á ella.

Un caballo cayó, aplastando al jinete, que quedó debajo.

Simón se colocó en medio del camino.

Cuando pasaron los últimos hulanos galopando azorados, con la rapidez del rayo, volvió á disparar.

Uno de ellos rodó al foso. Y el otro quedó muerto en el acto.

Salía el sol en aquel momento.

Por allí no había ni chozas, ni pueblo, ni cortijo.

Los Simón se internaron en el bosque y aguardaron.

A eso de las diez, cuando se disponían á regresar á la fragua, oyeron el ruido de los cascabeles de una silla de postas.

Ocultáronse convenientemente.

El carruaje pasó.

En él iba un hombre casi tendido en los cogines, y con la cabeza apoyada en una de las esquinas.

—¡El marqués!—dijo la *Bigornia*. Mañana es el casamiento. ¡Pobre Solange!

Y tirando á Simón de la manga, añadió:

—Ven; es preciso que yo le hable.

El obedeció, pero sintiendo dejar aquel puesto magnífico para cazar hulanos.

XVII

El marqués de Taunay regresaba solo.

Venía de Génova, donde se le había hecho el tiempo eterno, esperando á que llegara el día fijado por Solange para ser dueño de la mujer que le inspiraba una pasión abrasadora; y en cuya pasión entraba, más que verdadera ternura, insaciable deseo de someter á una esclava rebelde.

Se proponía permanecer en Chevagnes solo el tiempo necesario para el cumplimiento de las formalidades del contrato y de la boda; y en seguida sacar de allí á su mujer, como si se tratase de un rapto.